

por este libro. Asturias se recuerda y toda una infancia entregada a lo prodigioso se anima y se une a las épocas desaparecidas. Las ciudades mayas antes de la conquista, las ciudades de los conquistadores, las antiguas y las nuevas costumbres se entretajan. Allí, el Maestro Almendro de la barba rosada, que reparte su alma entre cuatro caminos que se marchan hacia las extremidades del cielo. Allí, el *Sombrerón* que bajo la forma de una pelotita tiente a un monje piadoso y sabio. Allí, al *Cadejo* que roba las trenzas de las mozas... La naturaleza entera se anima: el Volcán, los árboles, los animales, las aves, revisten misteriosas personalidades. Las antiguas ciudades indias se llenan de tumulto de ceremonias y sacrificios. Y las ciudades de la epopeya colonial se cubren mutuamente alrededor de las iglesias para guardarse mejor de los diablos y del demonio.

Max Daireux, exigía de los escritores hispanoamericanos «que la originalidad personal del escritor renovara la originalidad de los demás.» Asturias, no solamente ha escogido temas de una originalidad absolutamente nueva, sino también ha sabido tratarlos con una originalidad muy personal. La poesía de su estilo, la riqueza y la pureza de sus imágenes sólo pertenecen a él mismo. Raramente la lengua española había corrido de una manera tan límpida. Un otro poeta de la América Central, Rubén Darío, le había logrado todas las *nueces* de un simbolismo desvestido de la pomposidad y del énfasis que invadían el castellano. Miguel Angel Asturias, contribuirá a esta evolución de la lengua, a esta especie de clarificación que han emprendido los Ventura García Calderón, los Zaldumbide, y, además, la enriquecerá de resonancias preciosas. Su libro es desde todos los puntos de vista, una verdadera revelación.

### Georges Pillement

(La Revue Européenne. París; números 5, 6 y 7; mayo, junio, julio; páginas 633-638).

De las *Leyendas de Guatemala* tenemos ejemplares disponibles. A \$3.50 cada uno.

## Un express sobre las olas

=Envío del Lic. Alejandro Alvarado Quirós=

La salida de un trasatlántico sugiere, un gran hotel que se desplaza.

Es la impresión exacta, al subir al Conte Biancamano por la escalerilla alfombrada con grandes letras que anuncian el Lloyd; un enorme hotel de viajeros que se trasladara en masa...

Estamos en Nápoles. La gran mole negra y blanca del flotante palacio parece que llena el puerto. El hormigueo de gentes en torno del buque; la animación en la cubierta amplísima donde en confuso desorden se acumulan los pasajeros de primera y de segunda; el ancho resoplido de la sirena anunciando la salida; los adioses postreros en los que sorprendemos lo patético y lo cortés, el pañuelo agitado elegantemente como marina ala o el que se acerca a los ojos arrasados en llanto; una anciana dama enlutada solloza a nuestro lado; unos ingleses con gorras blancas, que se estrechan las manos en serio *shake hand* y se hacen las últimas recomendaciones de negocios.

Entre tanto, el barco, como una bestia poderosa y mansa que consciente de su poder temiera hacer daño—tal dice Purkin—se empieza a mover y se desliza al fin, lento y dócil, tras los remolcadores que lo conducen a alta mar.

Dentro del hermoso trasatlántico comienza la vida. En general pocos pueden darse el placer de hacer un viaje en un *express* de lujo, sobre las olas, pero casi todos habréis sentido la suprema sugestión de él. Quizás lo conocéis, a retazos, por las películas donde la heroína o el héroe, una Greta Garbo o un John Barrymore cruzan por los anchos pasillos o plácidamente conversan en sus sillas de cubierta, o diabólicamente flirtean en un regio salón para enredar

el argumento... El director del *film* no olvida captar una ola brava que os complete la marina ilusión, mejor dicho, sin ella olvidaríais que estaban en el mar... Y es que son tan seguros estos palacios, se mueven tan poco no obstante ir virtiginosos y abundan en ellos tantos mármoles y bronce, arañas sutiles de cristal y pesadas columnas en magnos salones que no viendo el mar crearíamos hallarnos en cualquier gran hotel con sólidos cimientos en la tierra... Si penetráis en el *hall*, en el comedor, en la sala de concierto, aún en vuestro camarate con su cuarto de baño encantador, evidentemente la ilusión marina se esfuma, se aminora, casi desaparece... El mar pierde importancia, como si fuese sólo un terso raso sin abismos, con ligeros encajes de albas espumas juguetonas y acariciantes.

Cuando dejamos Nápoles nos asalta el temor al mareo. El día es espléndido. El Mediterráneo azul y encalmado, bajo la cúpula de un cielo magnífico sin más que unas nubecillas almohadilladas, blancas, resplandecientes y benignas hacia el sur, nos indultan de él. Así, pues, gozamos del hechizo del mar, mirando la estela profunda de revueltas esmeraldas desde la cubierta. La calidad del agua de alta mar, y sus olas en pesadas masas poderosas nos devuelven el respeto hacia el Océano. Es prodigioso como, perdido el puerto, lejos de la costa, el barco gigantesco se empequeñece. En la desnudez de esta planicie infinita el Glorioso Conte se torna un juguete minúsculo.

Sentimos una impresión física de calma, de honda placidez que nos invita a recordar poéticamente a Italia, el país que dejamos. Roma en la exuberancia primaveral, Venecia, Milán, Bolonia la

triste, Turín donde entre pinos románticos, sobre la nieve, paseaban el idilio egregio el Príncipe de Piamonte y la princesa María José recién casados; Génova con sus palacios antiguos y Nápoles... con su Vesubio y panorama encantador... Ayer desde Nápoles con un deseo de entrenamiento marítimo, tomamos un vaporcillo ligero que nos condujo a Capri y Sorrento. Y de Capri guardaremos siempre el recuerdo imborrable de la *Grotta azzurra* en un costado de la isla, una gruta en la que penetramos por un breve boquete de la roca, tanto que lo hicimos tendidos en la estrechísima barquilla que lo franqueó. La gruta azul es un prodigio. Azul, de un azul irreal, de sueño, de leyenda, lo es gracias a una hendidura tan baja en la roca que el agua iluminada desde el fondo, resplandecida, fosforescente, se torna una gran ágata de fulgor quimérico... Unos muchachos gallardos como diosecillos, por unos céntimos, se sumergen en la plata líquida y transparente de aquel agua azul y en su hondura, ahilados, estatuarios, plateados, ágiles y bellos parece que fueran a quedar prisioneros en el cristal marino, como en un pisapapeles colosal... Capri huele a azahar y por doquier orquestas de guitarra y cítaras tocan la romanza de Santa Lucía. Italia nos sugiere remembranzas inefables.

Pero pasado el estrecho se va borrando Europa; la vida de a bordo nos va ganando y además nos enfrentamos con el Océano gris, verdoso, hosco, jaspeado como una serpentina de flojas mayas de espuma. El Atlántico nos hace pagar el tributo al mareo. Por fortuna es leve y nos permite reintegrarnos a la grata vida de a bordo. En un hermoso barco como éste, es deliciosa. Levantados temprano, suele uno irse de paseo al puente, o si el día esta bueno, a la cubierta en donde hay varios juegos propios del vapor: una especie de *tennis* con pelota de trapo u otro juego semejante al *croquet*. A las once el caldo, a las doce el almuerzo, en el comedor o sobre cubierta, como queráis. Con buen acuerdo al concierto se aplaza a la sobremesa para dedicar cuanta atención merece el succulento banquete. A la tarde podéis oír música y ver cines... la radio os tiene al tanto de noticias, y a la noche os sorprende el salón poblado de damas elegantes y de caballeros de *smoking*, y el baile es como el de cualquier Palace cosmopolita...

¿Es esta toda la vida del gran *express* que nos aproxima a New York? No. Permitidme que os cuente de tres amiguitas mías—las amistades se traban pronto por la necesidad de hacernos una «sociedad» en la fugaz travesía—que son vecinas nuestras de cubierta. Junto a mi silla de extensión está la de Eiling: es una nena americana de diez años, rubia, intensamente pálida por el mareo pertinaz. En estos días de Atlántico fuerte, ver las olas, oír el zumbido marino me hizo reposar muchas horas, tendida en mi colchoneta, envuelta en mi manta, sobre cubierta. Hacía frío. Con frecuencia el salobre de las espumas ligeras nos humedecía los labios... Eiling... solita, los ojos cerrados, la faz angustiada, dor-